



AUNQUE LA ESCLEROSIS MÚLTIPLE ACARREA RETOS, LOS PACIENTES CUENTAN CON MEJORES TRATAMIENTOS

La mejor cara ante la adversidad

MARÍA ELENA Medina Dávila, paciente de esclerosis múltiple quien dice que recuerda la enfermedad cuando va al médico.



POR ILEANA DELGADO CASTRO
idelgado@elnuevodia.com

Tenía 15 años y se sentía “inmortal”, con una salud “perfecta”, ilusiones y muchos planes para el futuro. Pero un día, al levantarse, comenzó a sentir la visión borrosa, algo que María Elena Medina Dávila atribuyó a que los espejuelos no estaban limpios.

Pero la visión siguió empeorando sin razón aparente. Hasta que, finalmente, un oftalmólogo le diagnosticó inflamación del nervio óptico (neuritis óptica).

“Me mandó a hacer un MRI (imagen de resonancia magnética) que salió perfecto, así que pensamos que era algo pasajero. Pero mis padres buscaron información en internet y una de las cosas que salió era que la neuritis óptica era un síntoma clásico de esclerosis múltiple. Pero como el MRI salió bien y somos optimistas, no le dimos mayor importancia”, recuerda María, hoy con 22 años.

Por cerca de año y medio no volvió a preocuparse. Hasta que comenzaron a aparecer otros síntomas inesperados y extraños para la joven. Entre ellos, adormecimiento de los dedos y mareos que, eventualmente, fueron relacionados con hipoglucemia (una concentración de glucosa en la sangre anormalmente baja).

“Merendaba y comía a las horas que me tocaba y seguía sintiendo los dedos adormecidos. Luego el pie izquierdo se me iba de lado y no lo podía controlar”, abunda María, estudiante de traducción de idiomas en la Universidad de Puerto Rico.

Luego de varios contratiempos y una creciente preocupación de que algo andaba muy mal, le diagnosticaron esclero-

sis múltiple (EM), una enfermedad autoinmune que ataca el sistema nervioso central.

“Cuando el médico dijo ‘parece ser signo de esclerosis múltiple’, recordé una película de Disney que había visto de chiquita, en la que una bailarina era diagnosticada con EM y al final estaba en una silla de ruedas y con unos espejuelos que no usaba antes”, cuenta María, quien acepta que creyó le pasaría lo mismo.

“Fue un desastre, empecé a llorar y pensaba que eso no me podía estar pasando a mí. Mis padres trataron de mantenerse fuertes, pero cuando salimos de la oficina médica se pusieron a llorar. Nunca había visto llorar a mi papá y pensé que todo se había acabado, que era el fin”, recuerda María.

Pero después, dice que descartó por completo esos primeros pensamientos negativos. Y le dijo a su madre “voy a salir de esta, no me va a tumbar”. También descubrió que podía canalizar el enojo, la tristeza o el llanto a través de la escritura.

“Escribo poemas y eso me ayuda mucho. Ahora me siento muy bien. Me acuerdo de la enfermedad una vez al mes, cuando tengo que ir a la oficina del médico a ponerme el suero con el medicamento”, afirma María con una sonrisa triunfal.

CIFRA ALARMANTE

En Puerto Rico hay alrededor de 3,000 pacientes diagnosticado con EM, indica el neurólogo Ángel China Martínez.

“Se habla de que hay de 50 a 52 casos de EM por cada 100,000 personas. Esa es una cifra alarmante. Si nos comparamos con otras islas del Caribe, Centro y Suramérica, nosotros tenemos la prevalencia más alta”, destaca el neurólogo, tras resaltar que

PASA A LA PÁGINA 08